
LA CAVERNA
DE CACAHUAMILPA.

La forma de las rocas es su historia.
ALEJANDRO DE HUMBOLDT. *Cosmos*,

LO que en la naturaleza está al alcance de la inteligencia humana es mas que suficiente para conmovir el corazón, para encantar la imaginación y para revelar de una manera persuasiva la existencia de una ley sabia y providente que no es la del acaso. Para sentir esa revelación íntima y consoladora, no se necesita que el espíritu esté iluminado por los destellos brilladores de la ciencia, porque el panorama de las llanuras, la perspectiva grandiosa del Oceano, de esa mole inmensa de agua que vive en continuo movimiento, las cumbres de las montañas coronadas de verdura, ó el cráter de los volcanes siempre humeante, como si su aliento fuese

el incienso de adoración que ofrecen al Criador; la bóveda magnífica de los cielos en que lucen las estrellas y cruzan las eshalaciones, el conjunto prodigioso de los animales y de los vegetales; todo esto á la vista del observador despliega tal grandiosidad, tal vida y tantas bellezas, que confundiendo y anonadando el espíritu, hacen nacer un sentimiento sublime y melancólico, porque sentimos amor y gratitud y comprendemos que somos casi unos átomos invisibles en el vasto universo.

○ Cuando Dios permite que la indagadora inteligencia humana alee el velo misterioso de la naturaleza, cuando le revela las leyes inmutables de la creación, entónces es imposible dudar. . . . Cuando el hombre puede seguir la marcha vagabunda de los cometas; cuando puede prever el momento de los eclipses; cuando puede escudriñar los cielos y descubrir las nebulosas que existen á una distancia de la tierra en que se pierde la imaginación; cuando puede contemplar las entrañas hirvientes de los volcanes y trazar la historia de la formación del mundo; cuando mira la organización de la materia que se convierte en árboles robustos ó en fragantes flores, entónces cada uno de esos descubrimientos lo ennoblece y lo eleva hasta Dios, porque comprende su poder, su bondad y su sabiduría, y porque mira que la ley eterna de cuanto existe es una ley de amor infinito.

○ Pero poco, muy poco es todavía lo que el hombre ha descubierto de los misterios sublimes de la creación. Vivimos sobre la superficie de un planeta, y no nos es dado interrogar á sus entrañas; seguimos ya el curso de los astros, pero no sabemos cual es su esencia, ni su naturaleza, y cada uno de

nuestros adelantos nos hace pensar que el universo es infinito, y que la mente humana es demasiado débil para poder siquiera figurarse cuanto es lo que existe sin que ella pueda jamas comprenderlo.

La contemplacion de la naturaleza tiene una influencia inquestionable en las ideas y en el sentimiento del hombre. ¿Quién no se siente rejuvenecido al gozar del sol, de la luz, de los perfumes, de la armonía de un dia de primavera? ¿Quién no experimenta una emocion de inesplicable tristeza al mirar un dia nublado, ó la caída de las hojas en el otoño, ó la muda de las aves cuando cesan sus amores y sus melodías? ¿Quién no goza de un terror sublime al escuchar el estallido del rayo, al mirar desprenderse de las nubes torrentes de lluvia, y al querer seguir en vano la luz flamígera del relámpago?

Yo he sentido lleno de placer ó de melancolía esas distintas emociones, todas grandes, todas vivas, todas consoladoras, y que no se parecen en nada ni á los goces, ni á los dolores que nos ofrecen los hombres. Y cuando me he perdido en esas contemplaciones graves ó risueñas, pero siempre vehementes y deliciosas, es cuando por primera vez he comprendido la existencia de Dios, y mi miseria de hombre....

Pero los cuadros de la calma ó de la agitacion de la naturaleza se presentan con toda su pompa todos los dias á nuestra vista. Yo he querido buscar algo nuevo, algo á que no estuviera ya acostumbrado, y por eso he descendido á lo que podemos conocer de las entrañas de la tierra, á la caverna de Cacahuamilpa, abierta en las montañas por la mano de Dios, para presentar al hombre una muestra de su poder, y del órden asombroso de sus obras.

En la línea que divide el nuevo Estado de Guerrero del de México, se levantan colinas y montes desiguales entre los que está el miserable pueblo de Cacahuamilpa, lleno de árboles frutales, y en el que en las cercas de las casas se ven hermosos trozos de mármol. Saliendo del pueblo por estrechas veredas, y ascendiendo gradualmente por las colinas, se descubre una montaña no muy elevada en cuya falda falta un pedazo considerable. Ese hueco es la boca de la caverna de Cacahuamilpa. Desde arriba parece que debajo de la montaña hay un plano horizontal, pero á medida que se acerca el viajero conoce que la inclinacion de aquel plano es considerable.

Todo el camino está lleno de trozos de mármol de todos tamaños y el estado del terreno parece indicar que sobre él debieron correr ántes las aguas. Un arroyo sereno y cristalino corre entre guijarros cerca de la gruta.

Desde la entrada se comienza á descender; se siente una temperatura mas templada y se goza de calma y de silencio. Las rocas calizas se ven separadas, cortadas, como si hubieran sufrido la accion corrosiva de algun líquido.

La curiosidad siente nuevo pábulo al contemplar aquel vasto salon iluminado apénas por la luz del sol, y con ansia se desea internarse en la caverna. En el fondo se descubre la figura de un chivo, que es la forma de una estalácmite, y á ella se debe el terror que para las exploraciones tuvieron durante muchos años los naturales.

A la izquierda se estiende la caverna y al llegar á su primer salon crece nuestro asombro y no hallamos como esplicarnos las distintas impresiones que nos asaltan. El espec-

táculo que entónces se presenta á nuestra vista es magnífico y sorprendente, por mas que la imaginacion se haya empeñado en representárselo de antemano. De repente nos encontramos en un antro profundo y oscurísimo en que la luz artificial parece impotente para disipar las tinieblas. Jamas penetraron allí los rayos vivificadores del sol. Esta oscuridad contribuye á aumentar la terrible é imponente magestad de la escena.

Las paredes de la caverna están completamente estratificadas; las rocas se desprenden blancas ó parduzcas, opacas ó brillantes, bajo las formas mas caprichosas y mas fantásticas. El efecto de la luz parece que las hace cambiar de figura, y á cada lado que volvemos los ojos se presentan imágenes vagas é indecisas, como si las rocas tuvieran la aérea movilidad de los celages que flotan en el viento.

Soberbias bóvedas coronan aquella mansion tenebrosa en que hay una belleza que tiene algo de pavoroso y de siniestro, que presenta la imágen del caos por la vaguedad de sus formas, y que insensiblemente nos recuerda las creaciones de la ardiente imaginacion de Milton ó del Dante. La curiosidad se siente vivamente escitada, se desea recorrer aquellos vastos palacios de la noche y de las sombras, y al mismo tiempo se experimenta un presentimiento de tristeza al pensar que perderse en las grutas de la caverna ó quedarse sin luz seria morir para el mundo, porque nos seria imposible salir de aquel laberinto que con trabajo podemos comprender.

Seguimos entrando á los otros salones, los recorreremos todos, y á cada paso el entusiasmo es mas vivo, es imposible que la imaginacion mas fria no se ecsalte, no se estravíe en la con-

templacion de aquel cuadro sublime que tiene tanta novedad. No habrá pintor que pueda copiar esactamente aquellos monumentos edificados por la mano de Dios, porque la fantasía ve en ellos lo que quiere como sucede con las nubes.

Ya se descubren soberbias torres, grandiosos castillos, altísimas montañas blancas que parecen coronadas de nieve, árboles colosales de piedra, tumbas y mausoleos, figuras estravagantes, risueñas, sombrías. . . . Unas veces nos creemos entre las ruinas de un castillo de la edad media, otras en medio de un panteon y sobre los túmulos parece que los muertos se levantan con sus sudarios, otras las formas de las rocas son tan bellas como si hubiera una vegetacion de piedra que produjera flores y hojas colosales. En medio de los salones aparecen columnas perfectas, que ya remedan el tronco gentil del palmero, ya parecen tronchadas por la mano del tiempo, ya se ven interrumpidas, colgando de la bóveda una parte que va bajando poco á poco para encontrar la base que está en el pavimento. . . .

A cada paso la escena cambia de aspecto, como si recorriéramos una ciudad encantada de las que hablan los cuentos del Oriente. Todos los órdenes de arquitectura se presentan sucesivamente á nuestra vista. Ya descubrimos obeliscos egipcios, ya portadas de templos griegos, ya columnatas moriscas y artesones calados, ya nos parece estar bajo las cúpulas de solemnes catedrales, ya en fin contemplamos fuentes perfectamente trabajadas.

En los últimos salones, las bóvedas crecen y se elevan mucho mas, tanto, que nos parece contemplar un cielo sin estrellas: la vista se pierde buscando en vano un rayo de luz,

ansiendo el aire libre. . . . ¡Qué magnífico cuadro es el de aquel antro sombrío y silencioso! Su calma apenas es interrumpida por el ruido extraño de un peñasco que se desprende de lo alto, por la caída de las gotas de agua, por el murmullo del viento que gime como prisionero que suspira por su libertad.

Ademas de los grandes salones hay pequeñas grutas escondidas que son bellísimas. Unas parecen capillas decoradas con todas las galas de la arquitectura, en otras se descubren columnas de increíble redondez; otras en fin tienen tal gracia, que un pagano las tomara por retretes en que duermen los géneos alados de la noche.

Toda clase de construcciones, animales y vegetales gigantescos remedan las rocas, que no tienen, como han dicho algunos esos resplandores deslumbrantes del diamante y del rubí. Todo se presenta por el contrario, grave y sombrío, y si en algunas partes lucen pedazos blancos de escaso brillo en que reverbera la luz de las antorchas, esto solo sirve para hacer resaltar lo tenebroso de lo demas.

Después de recorrer variados, vistosos, y numerosos salones, se divisan en lo profundo de la caverna lienzos de piedra que remedan las ondas del agua: se diría que es un raudal petrificado, un torrente que asustado detuvo su curso, una catarata que Dios dejó inmóvil para dar una muestra de su poder. Nos estremecemos cuando este pensamiento cruza por el espíritu, y la idea de Dios tiene entónces una grandiosidad que aterra.

El suelo es en extremo desigual, unas veces plano, otras arenoso, otras erizado de enormes peñascos. Todo indica que

la caverna en las primeras edades del mundo fué cauce de corrientes y cascadas que se secaron en alguna de las catástrofes de que no tiene memoria el género humano, en alguno de los cataclismos que borraron de la tierra razas enteras de animales.

Pero á la imponente belleza, á la terrible sublimidad de aquel espectáculo, añadid que la naturaleza nos revela allí sus misterios; que podemos contemplar, sin comprenderlo, el extraño metamorfismo de la materia. Todas aquellas rocas calizas, aquellas estalácmitas ó estaláctitas están contando su historia. El agua filtrándose gota á gota por las bóvedas de la caverna se va convirtiendo en piedra de una manera prodigiosa. Como cuando se derrite una vela de cera las gotas al enfriarse toman su forma primitiva, así de cada roca caen gotas de agua que en el suelo se trasforman en piedra, y así es como se han erigido aquellos monumentos grandiosos. Otras veces el agua se petrifica ántes de caer, y de ahí provienen esas estaláctitas que penden de la bóveda. Entre la estalácmita y la estaláctita sigue constante la misma obra la naturaleza hasta que llega á unir las, y ambas están esperando nuevas gotas de agua, como los séres animados desean un suspiro, una sonrisa que los una con amor.

Yo he visto el agua impasible, callada, estar aún trabajando en aumentar las extrañas joyas de la caverna; he visto y he dudado de ese portentoso; he tentado aquella agua; he asistido á aquella obra de la naturaleza, y en fin, he observado horas enteras una gota de agua que caminaba silenciosa, y la he tocado después tan dura como la roca, maravilla que viéndola se hace inconcebible, y entónces atónito, embebecido,

mi espíritu no se ha quedado en aquel recinto, para él estrecho, á pesar de su magnificencia, sino que atravesando aquel denso velo de tinieblas y aquellas bóvedas pesadas, se ha perdido por el universo buscando y viendo á Dios en todas partes, en las ráfagas de luz de los cometas, y entre las gotas de rocío que humedecen los pétalos de las flores.

Hay una poesía grandiosa, indefinible, en la contemplacion de aquel mundo subterráneo, que tiene una pompa y una belleza tan distinta de todo lo que hemos visto anteriormente. El alma se engrandece, la imaginacion adquiere un vuelo inmenso, la mente se exalta, y la idea de Dios nos hace olvidar todas nuestras miserias y nuestras desdichas. Calla allí la voz de las pasiones, y cada gota de agua que se desprende turbando la calma sombría de la caverna misteriosa, nos parece la voz sublime y aterradora de la eternidad. No podemos ni figurarnos cuántos años, cuántos siglos han transcurrido para formar aquel extraordinario palacio de agua en un sitio en que no hay dias, ni años, sino en que reinan siempre las tinieblas de la noche.

Y la naturaleza sigue su obra, y de siglo en siglo cambiará de forma la caverna de Cacahuamilpa enriqueciéndose mas y mas de hermosas y fantásticas cristalizaciones que se formarán gradualmente, como si el agua fuese gérmen del cristal y de la roca, como si cada una de sus gotas fuera fecundada simiente de gigantescas estalácmidas.

Después de un dia entero pasado en Cacahuamilpa, emprendimos salir de la caverna. Todo lo que yo acababa de ver me parecia nuevo, como si las rocas hubieran cambiado de forma; y creo que si mil veces visitara yo aquel sitio siem-

pre me sorprenderia, porque sus bóvedas magestuosas y sus mudos y grandiosos monumentos parecen la mágica materializacion de las visiones que traen á la mente los ensueños mas vagos, mas fantásticos y mas indefinibles, porque creemos visitar la mansion de seres extraordinarios y sobrehumanos, dignos de aquella siniestra y tenebrosa pompa.

Al salir era la última hora de la tarde. Yo habia gozado de ese placer sin nombre que produce la contemplacion de las grandes obras de la naturaleza; pero al descubrir el cielo teñido de púrpura, al ver otra vez el aire diáfano y sereno, y la luz iluminando tenuemente las montañas, mi corazón palpitaba de gozo, como si volviera yo á la tierra de una region extraña y desconocida. El sueño me ha trasportado después á la caverna y jamas olvidaré las extrañas impresiones que en mí produjo su belleza. En sus rocas lúgubres y vivientes, en sus mudas masas de piedra que crecen como si constantemente fueran fecundadas con un hálito de vida, he leído la historia de un tiempo incomensurable, y mi espíritu admirando y bendiciendo el espléndido lujo de la creacion, comprendió la eternidad y se elevó hasta perderse en el seno de DIOS.

1851.—FRANCISCO ZARCO.

FIN.